

SILBIDOS COMO BALAS

Pepa Penadés Girbés

Ah las primicias / cómo envejecieron
cómo el azar se convirtió en castigo
cómo el futuro se vació de humildes
cómo los premios cosecharon premios
cómo desamoraron los amores cómo
la hazaña terminó en sospecha y los
oráculos enmudecieron

todo se hunde en la niebla del olvido
pero cuando la niebla se despeja el
olvido está lleno de memoria.

Mario Benedetti.

PRIMERA PARTE

1

Recuerda los relámpagos fluctuantes de la televisión. Y la voz de Pedro Sánchez, mientras declama. Con una voz rota, opaca, grave. Despidiéndose de su condición de diputado. El mentón temblándole ante el atril, donde tamborilean sus dedos por un instante y descansan los papeles de su discurso. Silenciando sus palabras para detener las lágrimas que empujan desde adentro, reclamando una salida imposible, impidiendo que se derramen rostro abajo. A José no le ocurre lo mismo, mientras lo recuerda. Mientras no puede ahogar esos sollozos, esa respiración entrecortada, ese grito que se libera de su garganta como el aullido de un lobo en medio de un bosque, perdido en medio de la nada.

Cómo lamenta esa renuncia, esa puñalada por la espalda. Esa salida por la puerta de atrás, forzada. La deslealtad de los compañeros. ¿Mereció la pena

tanta lucha? No sabe si lo sabe. No hay forma ya de averiguarlo. ¿A qué viene, entonces, ese llanto incontenible? ¿Por qué tamaña tragedia cuando evoca el anuncio de su marcha? Lo ignora, pero su llanto es sincero. Y esa es su única certeza.

Las preguntas se agolpan en su mente, sin respuesta. Mientras otros relámpagos iluminan intermitentemente la oscura carretera, y otro aullido, mecánico y repetitivo, se extiende por los campos sin descanso.

La imagen de Pedro Sánchez se desvanece al tiempo que otras imágenes se superponen a su ya difusa figura. Cobrando forma y nitidez, presencia. Su mente reconoce la fotografía de un muchacho, imberbe y satisfecho, estampada en su primer carné del Partido. Y algunos objetos, que se le aparecen al alcance de la mano, tangibles, presentes. El tocadiscos, sobre la consola del salón; la máquina de escribir, inerte en un rincón; el atril, siempre cubierto de papeles, con su madera de cerezo ya muy oscura, pero tan útil como antaño. Quisiera alargar la mano y tocar cada uno de esos objetos, acariciarlos, incluso olerlos. Pero no puede. No puede mover un solo músculo, no puede tocar lo que realmente no tiene a su alcance. Su cuerpo respira, a duras penas, y el salón de su casa se aleja en su trayecto. Los objetos, sin embargo, permanecen en su mente yuxtaponiéndose a cualquier otra imagen, al llanto.

¿Y Judith? ¿Por qué no está junto a él? ¿Cómo es posible que esté recorriendo semejante trayecto en soledad si parece ser el último? ¿A dónde va en la noche cerrada por una carretera cada vez más oscura? ¿Por qué no le acaricia la voz de su compañera ni le ilumina su mirada? ¿Por qué no deja de girar el haz de luz en lo alto del vehículo ni cesa el sonido de la maldita sirena?

José despierta en una habitación blanca y fría. Muda, pudiera decirse, si no fuese por la máquina que tiene junto a él, la misma que lanza unos pitidos agudos bastante molestos, de tanto en tanto. Mira a su alrededor y no ve a nadie. Por la ventana entreabierta asoma la luz del día, debe haber pasado la noche en esa habitación y ni siquiera lo recuerda. Intenta incorporarse, pero no puede. El tubo del suero engarzado en su mano le duele, en verdad le duele todo el cuerpo. No sabe qué le ha pasado. Por qué está donde está. Ni dónde está Judith. Quizá todo sea una pesadilla, piensa. Imposible, acaba de abrir los ojos. Debe ser un mal sueño, dentro de otro sueño. Eso ha de ser, no encuentra otra explicación.

Un joven con bata blanca entra en la habitación, para contradecir la conclusión a la que ha llegado hace un instante. Es el doctor, se alegra de que haya despertado de la sedación. Le informa: << ha padecido una angina de pecho inestable. Ha llegado al Hospital por urgencias, para evitar que la angina se convirtiera en un ataque cardíaco. Los resultados del electrocardiograma no muestran signos de ataques cardíacos previos o actuales. Ha tenido suerte>>, lo ha dicho con rapidez, en un tono neutro. <<De todas formas, por su edad, y por elaborar un diagnóstico completo, conviene hacer más pruebas. Hay que esperar>>, es lo que ha añadido sin más preámbulos y sin dilación. Después el joven de bata blanca, con título de doctor, ha esbozado una sonrisa mecánica, o una mueca, según se mire. Y se ha marchado.

José vuelve a estar solo. Postrado en una cama extraña, con una leve sábana cubriendo su cuerpo hasta su mitad. Siente frío, a la falta de abrigo se suma el camisón hospitalario abierto por la espalda. El ligero colchón, ni mullido ni regio, no ofrece comodidad ni calidez. Intenta ajustar mejor su espalda en él, apoyándose en la barra de la cama articulada. Vano intento. Apenas ha podido

descansar su mano en el acero, sin fuerza, sin éxito. Teniendo como resultado el frío acrecentado, en una especie de relámpago que desde su palma ha invadido su cuerpo entero. Esperar, eso le queda. Esperar un diagnóstico más completo. Esperar que llegue Judith, continúa sin saber dónde está. Podía habérselo preguntado al joven doctor, pero no ha estado rápido. Está más que lento, espeso. Respira lentamente, piensa lentamente, espera lentamente. Eso le queda a su edad. Puede que sea lo que hay que hacer. Siempre ha sido muy paciente. Ahora no puede ser otra cosa. A pesar del frío, que no apacigua sino aumenta la intensa soledad.

La cara de un adolescente imberbe, ilusionada y noble, se iluminó al atravesar la puerta de salida de la sede de las J.S.E. Sus ojos negros centellearon al escudriñar su recién estrenado carné, esa simple contemplación consiguió que se sintiera más grande de lo que era. Ya estaba afiliado, tal como quería. ¡Qué alegría se habría de llevar don Tirso! Podía adivinar su reacción al enterarse, su semblante expresando sin artificios su entusiasmo, la sonrisa franca y el abrazo sincero antes de celebrar la buena nueva del pupilo. El viejo maestro, tan diferente a su abuelo y tan parecido. Cercano y paternal, más incluso que su propio padre. A él, precisamente, no se lo diría (lo de su afiliación), no debía saberlo bajo ningún concepto. Mucho menos habría de decírselo don Tirso, pero eso no era un problema, hacía mucho que ni uno ni otro mediaban ni media palabra. Bien que lo lamentaría su abuelo si levantara la cabeza. José torció el gesto, por un instante. Un breve instante. Sus facciones se relajaron al

reconocer que a su abuelo también le hubiese alegrado su recién adquirido carné, bien lo sabía. Esa certeza consiguió borrar cualquier atisbo de preocupación o lamento, estaba seguro de que José Antonio Castell estaría orgulloso de su nieto. Ese chaval de diecisiete años que tenía toda una vida por delante, llena de esperanzas y expectativas, decidido a poner en práctica sus ideas. Las mismas que defendieron los que lucharon por ellas en peores momentos, sus mejores mentores: un maestro y un carpintero. El corazón le latía con fuerza, sin ser capaz de frenar su ímpetu. Su sonrisa, abierta con naturalidad, parecía anunciarle sin remedio que no había marcha atrás. Precisamente eso era lo que le daba empuje para seguir hacia adelante.

Quizá por ello detuvo sus pasos ante otra puerta, la de la Academia de mecanografía. Quedaba poco para que finalizaran las clases. ¿Cuánto? ¿Un cuarto de hora? ¿Diez minutos? No importaba. No pensaba marcharse. Esta vez esperaría hasta que las alumnas salieran con una sonrisa pintada en la cara, tan grande como la suya.

Desde la ventana que daba a la calle podía contemplar el aula. Un grupo de muchachas la ocupaban, cada una en su lugar, cada una a lo suyo. Una resoplaba, mirando su reloj de pulsera. Otra se mordía las uñas, al comprobar cuántos errores había cometido. Otra se ajustaba la coleta alta, para seguir tecleando después. La mayoría de las chicas copiaba con aparente destreza el texto que tenían sobre la bandeja de la máquina de escribir, a la izquierda, pero solo una lo hacía con auténtica pericia: Judith.

Su teclear era musical, acompañaba como percusión el golpe preciso a la palanca del carro. Sus ágiles dedos todavía encontraban un segundo para

apartar los rizos que caían sobre su frente, cuando cambiaba de línea. Con ese gesto suyo entre presumido y alegre. Esos rizos cobrizos, casi rojos, que el muchacho que la vigilaba desde la ventana tanto adoraba. Su perfil también le parecía adorable, de diosa griega. Bien cincelado, pero no marmóreo, expresivo. Más que un perfil lo que veía era su rostro ladeado, hacia el papel que observaba mientras tecleaba. Atento. Blanco, salpicado de algunas pecas. Sobre el que destacaban sus labios humedecidos, al mordérselos tras pulsar la última tecla y desprender, de un tirón, el folio del rodillo. Había concluido la copia del texto que sus compañeras todavía transcribían. Al levantarse de su asiento miró intuitivamente por la ventana, con la percepción de haber visto una figura. Un chico que la miraba, una cara conocida, no lo suficiente para saber quién era. Pero no vio a nadie, José ya se había retirado con la rapidez del galgo.

Judith entregó su trabajo al profesor. Pidió un texto nuevo, pero el hombre se negó, debía seguir practicando la posición de las letras. *Asd*, con la mano izquierda. *Ñlk*, con la mano derecha, así hasta llegar al extremo del folio. En la línea de abajo lo mismo, pero añadiendo una letra en cada mano. En la línea posterior, otra letra más. ¿Hasta cuándo? Estaba harta, ya se lo sabía de memoria y no hacía ni un solo fallo. De hecho, ya hacía un tiempo que las alumnas copiaban esos mismos textos. Pero el profesor se enfadó con la mayoría de ellas porque seguían mirando el teclado cuando escribían y, aun así, cometían fallos. Por eso habían vuelto a las prácticas de las primeras clases, para corregir los errores de las más torpes y despistadas. De nada había de servir que Judith insistiera en su demanda de un nuevo texto. El maestro la miraba por arriba de sus lentes, igual que miraba a las demás alumnas cuando quería dejar claro su parecer. No había nada que hacer. Debían seguir con las prácticas hasta

que él lo considerase oportuno. Judith regresó a su puesto, apretando los dientes, socavando la rabia. Tanto como le parecía que repetir el texto era una pérdida de tiempo.

Que sus padres la dejaran matricularse en la Academia le costó un mundo. Hubo de utilizar cuantos recursos tuvo a su alcance, y tantos otros que esgrimió en su mente con arte e ingenio. Pero solo el último le reportó el resultado esperado. Consiguió que su tía Elvira se desplazase desde Alicante para convencer a sus primos, para que cedieran, para que consintieran satisfacer los deseos de la sobrina. A fin de cuentas, no les pedía dinero para irse de vacaciones sino para estudiar. Un curso de mecanografía no podía hacer daño a nadie. Y no estaba de más que la joven aprendiera algo nuevo para apaciguar la inquietud de su mente. El tiempo diría si únicamente era un capricho pasajero, en cualquier caso, bueno era que se distrajera de esa forma y no con futilidades que no la condujeran a nada de provecho. El padre de Judith fue el primero en reconocer las razones que argumentaba tía Elvira, la madre tardó algo más. Hubo de dar paso a las negociaciones, proponer y ceder al tiempo. Pactar. Un acuerdo productivo para las partes implicadas. Judith podría estudiar mecanografía si no descuidaba sus obligaciones en la casa de sus padres, eso incluía ayudar a su madre en sus trabajos de costura, sobre todo. El trato le pareció justo a Judith, si había de colaborar lo haría, siempre que su madre le dejara tiempo para que pudiera repasar sus ejercicios, aunque solo pudiera hacerlo de forma teórica en su casa. A la madre le pareció razonable el trueque. Una y otra sellaron el acuerdo con la tácita promesa de cumplir su parte lo mejor posible. Por eso Judith se aplicaba tanto en las horas de clase, porque apreciaba

la oportunidad que se le ofrecía, porque le gustaba lo que aprendía cada día, y, sin embargo, ahí estaba aquella mañana, al ralentí, reteniendo su avance.

Era inútil transitar ese camino, el de la queja, el de guardar en saco roto sus anhelos. Continuar era solo lo importante. Un poco más calmada volvió a sentarse, peor sería no poder asistir a las clases, reconocía. Sus compañeras seguían todavía con el mismo ejercicio. Ella encontró un folio en blanco y decidió aprovecharlo para escribir palabras, frases, un párrafo entero (podía darle tiempo, todavía, al menos antes de que finalizase la clase). Escribiría una canción, le sobrevino esta idea. Con los versos todos seguidos, como en prosa, para no estar dándole a la palanca del carrito continuamente, para que no se notase que estaba escribiendo lo que le venía en gana. Alguien silbaba desde afuera una hermosa tonadilla, la conocía. Ajustó el papel en el rodillo y sonrió.

José, afuera, recostado sobre la pared de la Academia, junto a la ventana, encendió un cigarrillo. Para calmar la espera. Esta vez no se habría de conformar solo con mirar. No dejaría que la casualidad lo sorprendiera sin saber qué decir ni qué hacer. Jugueteeó dibujando círculos con el humo de las primeras bocanadas. Miró de nuevo su carné. Vaticinaba el momento de poder enseñárselo a don Tirso, consciente del orgullo que sentiría. Pero habría de esperar, el momento presente requería satisfacer otra necesidad. Su sonrisa cobraba fuerza mientras su cigarrillo se iba consumiendo. Escuchaba el silbido de una melodía, procedente de un edificio en obras situado a su izquierda. Miró hacia lo alto (le gustaba contemplar las fachadas, pero la de ese edificio solo podía adivinarla). La construcción apenas dejaba ver la estructura de sus plantas a la intemperie, en la segunda se encontraba el obrero que silbaba, al son de *Un compromiso*, la canción de moda de Antonio Machín. La banda sonora que

habría de acompañar su osadía aquel día no podía ser más idónea. La escuchó con atención, imbuido por su reclamo, acorde con sus expectativas. El obrero continuaba su faena sin dejar de silbar, sin omitir un tono, alentando su ánimo y el de los escuchantes. Al concluir la canción, José guardó de nuevo el carné en la cartera, quería estar preparado. Exhaló la última bocanada de su cigarrillo y tiró la colilla al suelo, pisándola con decisión. Las muchachas ya salían a la calle, juntas y risueñas, con paso acelerado, todas menos Judith. Ella iba detrás, dispersa, ausente y concentrada. Caminaba despacio con la cabeza gacha. El momento de hablarle había llegado. Le salió al paso. Judith encontró unos zapatos marrones frente a sus alpargatas de cáñamo y levantó la vista y las cejas. José escuchó su voz:

_ ¿Nos conocemos? -quizá era el chico que le pareció ver al otro lado de la ventana.

_ Sí - contestó él, convencido.

_ ¿Y por qué no recuerdo tu nombre?

_ Porque no lo sabes.

_ Entonces... no nos conocemos –volvió a arquear las cejas.

_ No nos han presentado, pero soy del pueblo. Nos hemos visto varias veces –se justificó él sin mucho aplomo.

_ Querrás decir que me has visto –corrigió ella a la defensiva, su cara le resultaba familiar pero nunca habían cruzado ni media palabra, no se lo iba a poner fácil.

_ Tú también me has visto, pero será que no me has mirado bien- resolvió recuperando la decisión inicial. Después le tendió la mano-. Por cierto, me llamo José.

_ ¡Ah, José! – Exclamó la joven sin devolver el saludo-. ¿Y qué quieres, además de incomodarme?

_ Vaya, perdona. No era mi intención, es que estoy un poco nervioso. ¿De verdad no me reconoces? Hemos coincidido en el parque muchas veces.

_ En el parque coincide mucha gente –matizó muy seria, acomodándose en su pose.

_ Sí, sí. Ya sabes qué quiero decir – masculló José.

_ No, no lo sé.

_ Pues eso, que nos hemos mirado muchas veces.

_ ¿Ya estamos otra vez con lo mismo?

José sacó de nuevo el paquete de tabaco, y encendió otro cigarrillo. Lanzó la primera bocanada mirando al cielo, quizá al volver a mirar a su interlocutora ésta ya se hubiese marchado. Lo entendería, después de una entrada tan lamentable como la suya. Su sorpresa fue mayúscula cuando, al bajar los ojos, pudo descubrir los de ella achinándose, mientras sus labios se estrechaban sin poder ocultar una sonrisa.

_ Bueno, volvamos a empezar –propuso volviendo a tender su mano con entusiasmo-. Mi nombre es José. ¿Y el tuyo?

_ Judith –contestó ofreciendo su mano con serenidad y añadiendo con picardía- ¿Me estabas mirando por la ventana?

Ya se lo habían advertido: << ¡cuidado con las pelirrojas, que son peligrosas!>>, y él, ni caso, obstinado con aquella chica. Suerte que ninguno de sus amigos fue testigo del soberano ridículo que acababa de hacer ¡Y él que creía haberla ofendido! Y qué importaba, después de todo. Caminaba junto a ella, la acompañaba hasta su casa, hablando sin parar. Con la mirada perdida, en todo y en nada. Disimulando, como si el corazón no lo tuviera a punto de salirse del pecho, lo mismo que unos minutos antes de conseguir el ansiado carné. La miraba de tanto en tanto, para confirmar que estaba con ella, con esa jovencita que lo tenía cautivado y que lo miraba de frente, sin ambages, quizá tan cautivada como él. Contenta, en cualquier caso. Moviendo sus blancas manos, danzarinas, subrayando cada una de sus intervenciones, enfatizando su discurso. Escondiendo él las suyas en los bolsillos de sus pantalones, aparentando calma, siguiendo con mayor destreza el hilo de la conversación, aportando agilidad e ingenio a sus palabras. ¿De qué hablaban?

El joven doctor entra en la habitación, acompañado por una más joven enfermera. Cuando uno reconoce que un profesional es muy joven suele ser porque uno es ya demasiado mayor. Hay que aceptarlo, asimilarlo. Y José lo hace, ya es un viejo, setenta y ocho años son muchos años. El doctor le informa: <<ya tenemos los resultados de las otras pruebas que le hemos realizado. No hay secuelas. Le vamos a dar el alta>>. Parece que su vejez es condescendiente, piensa el paciente. Respira, aliviado. Debe hacer la pregunta, esta vez no se olvida, ya ha esperado demasiado: << ¿dónde está Judith? >>

_ ¿Cómo? - el joven doctor, frunciendo el ceño.

_ Mi compañera, Judith Monfort.

El doctor mira a la enfermera, ella no dice nada, pero sus ojos se han abierto en exceso, un segundo tan solo, lo suficiente para que a José no se le escape el detalle.

_ ¿Qué ocurre? ¿No la han avisado en todo el tiempo que llevo aquí? Estará preocupada.

El médico revisa sus informes, muy despacio, repasando cada hoja con gesto inexpresivo y concentrado. Cuando llega a la última vuelve a inspeccionar todo desde el principio. Después emite un breve suspiro antes de pronunciar:

_ Convendría que no le diésemos el alta, todavía. Se hace necesario realizar un par de pruebas más.

_ ¿Más pruebas? ¿No dijo que todo estaba bien?

_ Sí, sí. Fisiológicamente todo está en orden. Pero debemos comprobar algunos aspectos neurológicos.

_ Haga lo que crea. Pero avise a Judith.

_ Primero debe contestar unas preguntas, señor Castell- propone el joven en tono monocorde, de apropiada profesionalidad-. Dígame, ¿qué desayunó ayer?

_ No lo recuerdo.

_ ¿En qué día estamos hoy?

_ No lo sé, ni si quiera sé cuánto tiempo llevo aquí –admite con cierta irritación.

_ No se preocupe- su tono ahora es más natural-. Son preguntas rutinarias. Será mejor que descanse. En una hora le traerán la comida. ¿Es diabético?

¿Tiene algún tipo de alergia?

_ No, ni una cosa ni otra. De eso estoy seguro.

_ Bien. Lo dicho, descanse. Y coma algo, aunque no tenga apetito, le conviene recuperar fuerzas. A la tarde pasaremos para que realice un cuestionario cognitivo y mañana le haremos una resonancia magnética.

_ ¿Tengo algo grave? – su voz ya no denota enojo, sino temor.

_ Es normal que no recuerde algunas cosas, después de lo que le ha ocurrido. Pero debemos cerciorarnos para descartar cualquier posible anomalía cerebrovascular que haya podido pasar inadvertida. Todavía es pronto para hacer valoraciones.

Los jóvenes profesionales de la medicina abandonan la habitación, dejando al paciente más solo que antes. Con la incertidumbre a cuestas. Sin contestar ninguna de sus preguntas, con nuevos interrogantes sobre su estado, aumentando la duda con esa necesidad de hacerle más pruebas. Con la mente más clara, menos aturdida, este pensamiento se le hace evidente. Lejos de procurarle tranquilidad aumenta su desasosiego. Si puede pensar con más claridad, ¿por qué quieren hacerle esas pruebas neurológicas? ¿No tienen que ver con la mente? No entiende qué le ocurre, qué más quieren averiguar sobre su estado. Por más edad que tenga conserva todavía intacta su capacidad de raciocinio, su cordura, también su ira. Siempre le molestaron las personas que se pronunciaban con medias tintas, sin hablar claro, con rodeos innecesarios. Parece que los profesionales de la medicina prefieren comunicarse así, sin siquiera disimular o justificar su falta de información. Se regodean en sus

circunloquios protocolarios con tecnicismos que nadie puede rebatir porque nadie entiende. Y al que escucha solo le queda callar y esperar, ser paciente. Alimentar esa paciencia que, precisamente, en este instante parece escapársele de los dedos, como un pajarillo asustado al que uno atrapa aun a sabiendas de que no podrá impedir su vuelo a no ser que quiera estrangularlo. Dejar que el ave se abra paso o pierda la vida, lo deja a uno sin tener a lo que aferrarse, en cualquier caso. No, no debe perder la esperanza, no debe claudicar. No al menos antes de saber dónde está Judith. Quizá convenga retener con sumo cuidado el aletear del pequeño animal entre sus manos, un poco más. El tiempo que necesite para desentrañar lo que sucede, la causa que lo mantiene estancado sin remedio. Conviene recordar, poner de su parte. Pero, desde que llegó al Hospital, todo son imprecisiones. No, no debe engañarse. Las imprecisiones vienen de antes. ¿Desde cuándo? Desde que realizó el trayecto en la ambulancia. No, no. Las imprecisiones son anteriores. Aparecieron al tiempo que su llanto al ver dimitir en la televisión a Pedro Sánchez. ¿Y entre una cosa y otra? En ese intervalo: nada.

Sus ojos verdes, centelleantes. Sus rizos cobrizos, casi rojos, ondeando al viento. Y ese gesto suyo, al aparárselos de la cara, entre presumido y alegre. Eso no se olvida. Ni su voz tan dulce y firme a la vez. Ni como hablaban sus manos, tan blancas, cuando gesticulaban cada vez que conversaban-danzarinas tras el meticuloso trabajo sobre el teclado-, libres, ociosas. Mientras él seguía escondiendo las suyas en los bolsillos del pantalón. Evitando que ella

descubriese los cortes, las duricias, la sequedad de la piel. Todavía no eran como las de su padre, pero cada vez se le parecían más. Manos de carpintero.

Vano sería el esfuerzo de ocultar la condición social, de vestirse casi de domingo para el ansiado encuentro. Camiseta blanca, de punto, adornada con dos franjas delgadas cayendo en vertical desde el hombro hasta abajo, una azul y la otra roja. Pantalones de pinzas de color *beige*, y zapatos marrones (de invierno, los de verano estaban muy gastados). Entonaba con Judith, que iba de diario y, como siempre, muy hermosa. Con un vestido camisero de tela, ceñido al cuerpo de cintura hacia arriba y ancho de cintura hacia abajo, de rayas delgadas: rojas, blancas y azules. Adornando dos pequeños bolsillos su falda. Calzada con comodidad, con dos alpargatas de cáñamo.

Corría el año 1956, y ninguno de los dos podía vislumbrar el porvenir. En aquel momento el presente ofrecía su inmediatez con los trazos suaves de la tranquilidad. Habían pasado los amargos tiempos de posguerra, arrastraban aún los flecos de sus nefastas consecuencias, pero comenzaban a sacar cabeza. Unos más que otros, cabe decir. La familia de Judith era acomodada. La de José no, pero no pasaba hambre. Él estaba a punto de conseguir el título de Bachiller, además colaboraba en la carpintería de su padre. Ella cursó los estudios primarios y quería sacarse el título de secretariado. El curso de mecanografía era el primer paso, aunque su familia permanecía ajena a ese objetivo a largo plazo. De eso hablaban, aquel día de su primera conversación.

Ella era la pequeña de dos hermanos, la única hija. Damián, su hermano, trabaja con el padre en la tienda de tejidos. La única del pueblo, en esas fechas. Una familia trabajadora y ahorradora, que consideraba los estudios un gasto innecesario, disponer de un negocio propio y rentable era suficiente garantía para

labrarse el porvenir. Eso le dijeron a ella, cuando se empeñó en seguir estudiando. A Judith siempre se le dio bien trabajar con las manos: coser, bordar. Eran las habilidades que podría aportar en la empresa familiar, eso debía hacer si quería trabajar, le decían. No otra cosa. Pero ella quería, precisamente, otra cosa. Por eso consiguió que sus padres consintieran matricularla en la Academia.

A él le hubiese gustado estudiar una carrera. Arquitectura, por ejemplo. Construir grandes edificios, hubiese sido una hazaña inmensa, gratificante. Ver crecer grandes estructuras a partir de una idea hasta alcanzar la forma definitiva. Pero ese sueño superaba en exceso sus posibilidades, era un gasto que su familia no se podía permitir. De alguna manera podía decirse que también construía, aunque sin grandes pretensiones. Mesas, sillas y, con un poco de suerte, algún sifonier. Él proponía ideas novedosas, pero el padre era quien tenía siempre la última palabra. Quien decidía. Obedeciendo a la demanda y al tiempo de que disponían para cumplir los plazos de cada entrega.

La charla, llegados a este punto, obligó a José a sacar las manos de su escondrijo para enseñárselas a Judith, a petición suya. No le parecieron tan estropeadas como él temía. Aun así, le recomendó que utilizase un bálsamo para protegerlas y evitar males mayores.

En tal tesitura se encontraban cuando apareció por la esquina Federico, Fede para los amigos.

_ ¿Haciendo manitas de buena mañana? ¡Ay, José, que pronto has espabilado! - ese fue su saludo, cuando se acercó a los conversadores.

_ Ni caso a éste - advirtió José propinándole una colleja al amigo.

_ Tranquilo, ya lo conozco un poco, de verlo trajinar por mi calle. Somos vecinos.

_ ¡De toda la vida! – exclamó Fede-. Pero conmigo no hablas tanto, bonita- luego, dirigiéndose al amigo, añadió: - Anda, José, acompáñame al Instituto, que ya han salido las notas finales y me harán falta tus manos para contar todas las que me han caído para septiembre.

_ No exageres, no serán tantas – conjeturó el aludido.

_ ¡Más de las que quisiera, y más de las que te caerán a ti, suertudo!
¡Cómo se nota que tú no tienes que estudiar una carrera!

Judith bajó los ojos, sin atreverse a mirar a su nuevo amigo. José no dijo nada, se despidió con prisas de ella y marchó con Fede, que ya lo agarraba del hombro con paso acelerado. ¿Qué podía decir? ¿Cómo negarse? Era su amigo quien le había indicado dónde encontrar a Judith y reclamaba con urgencia una compensación por los servicios prestados.

Fede no iba desencaminado, José lo aprobó todo y a él le quedaron cuatro. <<Dios da pan a quien no tiene dientes>>, sentenció el suspenso mirando al amigo. El dicho le convenía más a él, al fin y al cabo, acabaría estudiando una carrera sin ambicionarlo. Así lo pensaba José que, por más que quisiera, no podría seguir estudiando. Pero tampoco le replicó en esta ocasión, sabía que de nada serviría. Hacerle ver su falta de coherencia no lograría cambiar su actitud, seguiría siendo generoso y egoísta. Contradictorio. Su mejor amigo, después de todo.

Acompañó a Fede a su casa para ofrecerle apoyo, sus padres no recibieron la noticia con el mismo humor del hijo, precisamente. El padre

permaneció largos minutos sin decir nada, fumando con avidez un cigarrillo, exhalando el humo por la nariz como un bisonte enfurecido. La madre invitó a los recién llegados a tomar asiento. Quería contener la ira del esposo, aplazar la bronca que sin ninguna duda habría de ofrecer a Fede por el nefasto resultado en sus estudios. José se hubiese marchado de aquella casa en ese preciso momento, pero la mirada de la madre seguía reteniendo su presencia en aquel salón abigarrado, de humo y de objetos decorativos; parecía no quedar espacio para nada, ni siquiera para las palabras, el silencio llenaba los pocos huecos que quedaban. José sintió la necesidad de romper ese silencio, de abrir una brecha para que circulara el aire, un ligero canal que conectara el denso ambiente familiar hacia el espacio exterior, así que se ofreció a dar clases particulares a Fede para intentar que recuperase todas las asignaturas en septiembre. A penas hubo propuesto la oferta ya se estaba arrepintiéndose, pero ya era tarde. La mirada expectante de la madre pasó del ruego a la complacencia, relajó su rostro y miró al del marido ansiando su beneplácito. El padre no cambió su expresión, no hubo un solo gesto que mudara su semblante, que mostrara la posibilidad de una remisión en su visible enojo. Acabó de consumir su cigarrillo con la misma avidez del principio y apagó la colilla en el cenicero de plata como si matase una cucaracha con la suela de su zapato, sin querer que siguieran unidas a su coraza ni una sola de sus patas. Fede miraba a uno y a otro sin decir nada, como si se le hubiese comido la lengua el gato, sin atreverse a mirar al amigo que le había echado un cable, una cuerda, más bien, para sacarlo del pozo sin fondo en el que el mismo se había dejado caer. José estuvo a punto- esta vez ya de forma fehaciente- de marcharse, inclinó el cuerpo hacia adelante en el ademán de levantarse de la silla. Entonces habló el señor Brull. Agradeció su oferta, sabía

que era buen estudiante, trabajador y sensato. Accedió a que le diese las clases al hijo a cambio de que recibiese la remuneración adecuada a su ayuda. José se negó a aceptar una retribución económica, pero el padre de Fede insistió hasta convencerlo, también la madre. Con ese acuerdo expreso y consentido José abandonó el hogar de los Brull, familia de corto apellido y largo linaje.

Judith llegó a su casa con una sensación extraña, entre agitada y aturdida. El encuentro con José la había sorprendido, al mismo tiempo que reconocía haberlo esperado. Algo en su interior la empujaba a ello desde hacía tiempo, sin tener plena consciencia. La conversación fluyó con naturalidad- pese a la torpe entrada- como si hubiesen hablado otras veces. Como si ya se conocieran. Y, ciertamente, lo había visto en el parque (siempre con su amigo, siempre de lejos) tal como el joven había advertido. También con otros amigos y algunas amigas. Pero era la presencia de Fede en ese grupo la que la incomodaba. No le caía bien ese chico, no sabía muy bien por qué, quizá era su insistencia en parecer simpático cada vez que se cruzaban y se saludaban en su misma calle. Quizá era la cercanía o quizá esa arrogancia que parecía llevar consigo a todas partes, una especie de prepotencia que derramaba en los demás cada vez que los miraba por encima del hombro. Tal vez escondía precisamente lo contrario, una falta de seguridad que lo empujaba a aparentar superioridad y arrojo, en el barrio era conocida su rebeldía, pero también se sabía que el padre tenía mano de acero con el hijo. Aun así, los malos modos de Fede eran evidentes para Judith y no le causaba ninguna pena ni le parecía justificable su actitud cuando era testigo de sus malas artes, incluso si no era ella la diana de sus dardos envenenados. Era la impresión que le había causado cuando interrumpió tan

abruptamente la conversación que mantenía con José. Cierta pudor le impidió tomar partido, salir en defensa del nuevo amigo. También la sorpresa la dejó paralizada. Y la posible ofensa que hubiese sentido José si ella hubiese reaccionado en su favor ante el ataque de Fede. Entre ellos había una confianza que posiblemente otorgaba el trato que se profesaban, algo de lo que ella carecía en relación con uno u otro. Seguramente era la forma habitual que tenían de relacionarse aquellos dos amigos, pero ella no podía dejar de pensar que en ese intercambio amistoso solo uno de los creadores de aquel vínculo sufría la peor parte. Lo que no alcanzaba a entender era por qué le molestaba tanto, que su vecino le hubiese soltado una puya al amigo. Por qué se sentía incluso ofendida ella, por él.

No era la primera vez que veía a José al salir de la Academia, cruzando la misma calle en sentido opuesto. En anteriores ocasiones él no llegó ni a mirarla. Iba con prisas, con sus cortos cabellos negros ligeramente alborotados, cabizbajo pero erguido el cuerpo. Misterioso, fugaz y solemne. Vestido con sencillez, casi siempre con colores apagados. Sí era la primera vez que hablaba con él, y reconocía que iba mejor vestido que nunca, muy guapo, debía admitirlo. Comprobaba que no era tan serio como parecía, sino más bien lo contrario. Se había sentido muy cómoda a su lado, sin saber si esa impresión sería duradera. Al marcharse tan de repente, ignoraba cuándo volverían a cruzarse en el camino. Ni si ella volvería a sentir lo mismo, en el caso de que tal encuentro sucediese. Su madre la situó de nuevo en la realidad inmediata nada más verla, inmersa como estaba en tales pensamientos, al preguntarle:

_ ¿Te ocurre algo, Judith? ¿No ha ido bien la clase?

_ ¿La clase? Sí, bueno, como siempre –contestó todavía algo ensimismada.

_ Por la cara que traes no diría yo lo mismo. ¿Ya te has cansado de aporrear la máquina de escribir?

_ Me he cansado de repetir los mismos ejercicios –aclaró ya centrándose en las palabras de la madre.

_ Pues ya sabes, cuando quieras lo dejas. Nada te obliga a continuar...

_ ¡Madre! ¡Que no es eso! Yo quiero seguir aprendiendo, pero el profesor nos ha hecho repetir los ejercicios anteriores porque muchas compañeras todavía cometen errores.

_ Pues vaya manera esa de enseñar. Lo dicho, si no te convence lo dejas.

_ Sí, claro. Así puedo ayudarla más a coser. Es eso lo que quiere, ¿no?

La muchacha entró en su habitación y la cerró de un portazo, dejando a la madre con la palabra en la boca, sin derecho a réplica.

No, no era eso lo que la madre quería. Sí que era lo que deseaba, pero ya había aprendido que los deseos no pueden imponerse, han de nacer de uno mismo. Su propia hija se lo dio a entender cuando se empeñó en realizar esos estudios que entonces la enojaban. Había tenido un mal día, eso era todo. O quizá era otra cosa, que la niña había entrado en la casa como ausente, bien sabía ella diferenciar su estado de ánimo, que la había parido y la conocía mejor que nadie.

Llamó a la puerta de la habitación, dos leves golpecitos para anunciar su entrada. Judith estaba recostada en la cama, con el cuerpo ladeado, mirando por

la ventana que daba a la calle. La madre tomó asiento en una esquina del cuarto y la miró de frente, sin preguntarle nada. La hija también la miró. Su mismo pelo rojo, aunque más oscuro, su misma testarudez al insistir cuando quería conseguir algo. Ahí estaba, esperando que la hija dijese la primera palabra después de haber dado ella el paso de acercarse. Judith no pudo contenerse:

_ Discúlpeme por haberle hablado así antes. Ya sabe que también me gusta coser, y bordar. La ayudaré siempre que me lo pida.

_ Lo sé- asintió la mujer, cabeceando después-. No es eso lo que me preocupa.

_ Pues si no es eso, no tiene de qué preocuparse.

_ ¿Seguro? ¿No hay nada que quieras contarme? ¿No te inquieta algo a ti hoy, además de tener que repetir los ejercicios que ya dominas?

_ Nada. De veras.

_ ¿Y por qué estás así?

_ ¿Así cómo? –preguntó la hija, confusa.

_ Así, a la que saltas.

_ Bueno, eso es porque ya me estaba diciendo usted que dejase las clases –aclaró con un mohín.

_ No, solo era un comentario. Poco afortunado, lo reconozco...

_ Bueno, pues problema resuelto -se levantó de pronto y estampó un beso sobre la mejilla de la madre como broche final a la conversación.

Aquella reacción repentina hizo sonreír a la madre, pero no la convenció. Calmó su preocupación sin debilitar su empeño por averiguar qué le pasaba, así que le dijo: <<a ti te pasa algo y un día me lo vas a contar>>. Salieron de la habitación y Judith reconoció con la misma sonrisa y la misma obstinada insistencia: <<sí, madre, algún día, algún día>>.

3

José Castell ha cenado bien. Eso es bueno, recuperar el apetito después de lo que ha pasado, de todas las pruebas que le han hecho. Es lo que le han dicho. Han sido muy amables, lo han acogido muy bien. Ya lo esperaban, incluso antes de que él lo supiera. Hacía falta tomar medidas, prepararse para su llegada, hacerle sitio. Mañana hará unos ejercicios de fisioterapia y otros de psicomotricidad, y también neurocognitivos. <<Necesita trabajar el cuerpo y la mente, para retrasar los síntomas más graves de su enfermedad. Cuanto más se esfuerce más lento será su avance. Está en la fase leve. Tiene Alzheimer. Es normal, está en la edad. Les pasa a muchas personas>>. Así se lo han comunicado, con una voz muy dulce, con una pronunciación muy pausada. Ha comprendido perfectamente el mensaje, no hacían falta los efectos especiales, es lo que ha pensado tras escuchar el almibarado diagnóstico.

Junto a su cama hay otra, pero está vacía. Mejor así, reconoce. La persiana está a medio bajar, quería que entrara la luz. La de las farolas que ya iluminan el jardín que rodea el Centro. La de las casas ubicadas ante la

residencia, bajo la colina. La de la enorme luna de esa noche que ya ha llegado, y la de las innumerables estrellas que la acompañan. Esa suerte que tiene el satélite de nuestro planeta: poder lucir en medio del cielo con el centelleo constante de otras constelaciones que lo festejan.

Los ojos le escuecen. De tanto mirar el firmamento, de cansancio, de vejez. Poco a poco van cediendo y caen los párpados, lentamente, suavemente. Una calma inofensiva invade su cuerpo, todavía dolorido, y la recibe sin oponer resistencia. Se deja llevar por el efecto envolvente de una extraña paz sobrevenida.

Cuando la claridad del día asoma por la ventana con la balbuceante luz de las primeras horas, José continua inerte. Su posición es idéntica a la del momento que fue invadido por un sueño letárgico, capaz de paralizar en el acto cada uno de sus músculos. Su respiración es pausada, uniforme, vívida expresión del sopor en el que todavía se encuentra sumergido. Pero el plan del día inicia su andadura y toca levantarse, son las siete de la mañana.

_ Buenos días, señor Castell. ¿Cómo ha dormido? –la voz cantarina de la joven auxiliar resuena en su mente como un chaparrón de verano, de repente y sin anunciarse. Lleva recogida su melena en una trenza que inicia su entramado en las sienes. Si su cabello no fuese castaño, si fuese rojo, soportaría mejor la hiriente luz del día cuando la muchacha levanta la persiana.

_ ¿Cómo dice? – pregunta como respuesta en un parpadeo insistente.

_ ¡Hay que levantarse! – la joven palmea con entusiasmo, ante el estupor del encamado. Resuelve incentivar su motivación con una información

irrebatible: - En una hora el desayuno estará listo en el comedor, no querrá que se le enfríe.

_ ¡Pero si acabo de dormirme hace un rato!

_ ¿Hace un rato? ¡Hace más de nueve horas! Ha dormido de un tirón, por los calmantes. Y ahora debe tomarse estas pastillas- le ofrece dos-, todavía debe estar dolorido. Hoy le ayudo yo a asearse.

_ No me duele nada. Y usted misma dice que he dormido de un tirón, no necesito esas pastillas.

_ Eso lo dice porque está acostado. Cuando se levante agradecerá haberse tomado la medicación. Y no se preocupe, que se las ha recetado el doctor.

José acepta las pastillas que la auxiliar le ofrece, sin rechistar. Acatar las órdenes de una jovencuela, vaya cosas. Se incorpora sobre su lecho, se siente mareado. El cuerpo no le duele como el día anterior pero nota molestias, y le pesa. Mira a la muchacha y ésta le ofrece una mueca en su rostro simpático como diciéndole: <<ya se lo advertí>>. Preferiría asearse sin su ayuda pero comprende, al incorporarse, que todavía es pronto para reivindicar su orgullo. Cede ante el gesto habilidoso de la joven que ya le ha preparado la ropa y le desabotona el pijama. << ¡Qué vergüenza, dejar que a uno lo desvistan como si fuese un niño! >>, piensa. Siente como si una soga oprimiera su garganta, quiere hacer la pregunta, esa que le oprime todavía más por dentro. Despega sus labios buscando su propia voz (la voluntad pretendiendo superar la duda que lo carcome). Toma aire y las palabras salen: << ¿Y Judith? ¿Qué saben de ella? >> La muchacha lo mira con sorpresa y se explica: <<Perdone, pero yo no sé nada

de nadie, pregunte al doctor, o a la directora. Pero para ponerle la ropa: aquí tiene usted a su Mireia>>. José baja el rostro hacia el suelo, derramando su mirada en las baldosas uniformes de la estancia. Ya no cabe hacerse preguntas, piensa. Siguen las dudas, pero también la seguridad de que será imposible resolverlas, que permanecerán como sombras en su recuerdo sin conseguir que la luz pueda ofrecer claridad en esos oscuros rincones de la memoria. Otros habrán de dibujar el horizonte que se desvanece ante sus ojos. Resolver sus imprecisiones. Su única certeza ahora es retener el pájaro herido entre sus manos, para que la oscuridad no sea definitiva, cegadora. La joven sigue con su faena, lo ayuda a colocarse la camisa limpia, primero una manga, después la otra, con naturalidad. Mientras canta la canción del pasado verano- con esa vocecilla que parece haber nacido para eso, alegre y rítmica-, algo sobre una bicicleta que la lleva a todos lados. José no sabe si reír o llorar.

La alegría del viejo maestro fue inmensa, más que por comprobar la afiliación recién adquirida del pupilo, por verlo tan convencido. El abrazo que le brindó fue sincero, tal como predijo el muchacho. Ya en el salón, tomaron asiento para saborear un moscatel y las pastas que preparó Matilde, la mujer de don Tirso, nada más ver entrar por la puerta a José. Tras dejar el aperitivo sobre la mesa y saludar con gran afecto al joven los dejó solos, intuyendo que habría confidencias esa tarde. José había crecido, madurado, pensó don Tirso escrutándolo tras el ágape, entre bocanada y bocanada a su pipa. Ya tomaba

sus propias decisiones. Ya no era el chiquillo que lo bombardeaba a preguntas sobre su abuelo, sobre el pasado, sobre la guerra. Ahora era el propio muchacho quien le relataba sus proezas. Todavía le quedaba mucho por andar, pero ya había escogido su camino. Al viejo maestro le hubiese gustado que, en esa senda, la continuación de sus estudios no le hubiese sido vedada. Pero sabía que ese tema era un terreno pantanoso en el que no debía adentrarse. A fin de cuentas, él mismo le había dicho muchas veces que el saber académico no era el más elevado, por más que tuviese mayor prestigio según algunas personas aparentemente instruidas. El verdadero saber era el que nacía de la curiosidad y de la admiración, como el que espoleaba las mentes inquietas de los primeros filósofos, así se lo había manifestado muchas veces. José seguiría aprendiendo, de eso no le cabía la menor duda. Enseñar al amigo era una buena idea. Pero también merecía darse un homenaje, haber conseguido el título de Bachiller lo exigía. La idea de celebrar una fiesta, como tantas otras buenas ideas, surgió en aquella visita al maestro:

_ Debes tomarte un respiro, antes de comenzar una nueva etapa. Hay que celebrar cada cosa buena que nos pasa. Y ha de ser en su momento, sino la oportunidad de hacerlo se pierde en el camino –la voz grave de don Tirso sonaba jovial, a pesar de sus años.

_ ¿Quiere que le invite a algo?

_ ¡No, hombre! Quiero que celebres con tus amigos tu recién adquirida titulación. Por tu afiliación, espero te haya servido este pequeño aperitivo que hemos degustado.

_ Mucho, su mujer hace unas pastas riquísimas. Y el moscatel también está delicioso. En cuanto a lo de celebrar con mis amigos mi titulación, es buena idea. Puedo organizar un baile en el taller de mi padre, como otras veces. Otra cosa será que él me deje...

_ Seguro que lo hace. Quizá no a la primera, pero lo hará. Debe estar tan orgulloso como yo, o más, de tus buenos resultados académicos.

_ Sí, supongo. Pero no suele hacerle mucha gracia que ocupe el taller para otra cosa que no sea trabajar.

_ Pero has dicho que otras veces sí que ha consentido.

_ Sí, claro. Pero lo mío me ha costado.

_ El que algo quiere...

_ Algo le cuesta, ya. No tengo escapatoria, ¿no es cierto?

_ Yo no podría haberlo expresado mejor –sentenció el anciano, guiñándole un ojo y aspirando la boquilla de su pipa.

José puso el taller de su padre al servicio de la sugerida ceremonia, no conocía un lugar más espacioso para el baile. Fede llevaría el *picú*. El éxito del evento estaba más que asegurado. Lo amenizarían con algunos aperitivos y algunos refrescos, de eso se encargarían los otros amigos. La cita estaba convocada para la hora de la merienda, no fuese luego a hacerse tarde.

A José le hubiese gustado invitar a Judith a la fiesta, pero no le dio tiempo. Tampoco sabía si ella hubiese aceptado, así, tan de repente. Era la forma que encontraba para justificar su cobardía, lo sabía. Hacía pocos días que había

hablado con ella por primera vez, quizá era demasiado pronto para ofrecerle una invitación como esa. Volvía a lo mismo, a justificar su temor. No había que darle más vueltas, buscaría de nuevo la ocasión propicia para otro encuentro.

Algunos amigos llegaron antes, para ayudarlo a despejar el taller. Retiraron hacia los laterales de la estancia las mesas del lijado, afortunadamente la mesa del serrado- la más pesada- estaba al fondo y no molestaba. Después ordenaron los tablones en los rincones para que no se cayesen, y barrieron a conciencia el serrín de los últimos trabajos del día anterior.

Conseguir el beneplácito paterno no fue fácil, hubo que convencer primero a la madre. José conocía el protocolo y no se arriesgó en improvisaciones. El consentimiento requería determinadas pautas de conducta que todos debían respetar, tanto el hijo como sus amigos. Dejar en orden el lugar después del evento, y no sobrepasarse en la gala: ni en el volumen de la música, ni en las consumiciones. Una y otra medida les obligaría a mantener la compostura. Y por si ello no fuese posible, siempre podía bajar la madre al taller, con una u otra excusa, para echar un vistazo. Nada nuevo bajo el sol. Como otras veces, sabrían comportarse. Así lo pensaba José.

Fede llevó algunas cervezas y whisky (en una petaca), se ocuparía de llenar los vasos. José habría de ponerle freno- por la cuenta que le traía-, y el amigo no podría hacer otra cosa que acatar su orden, aunque solo porque pensaba que tiempo habría después para subir el tono de las consumiciones.

Cuando llegaron las chicas el local ya estaba despejado, y preparada una mesa junto a la pared de la derecha para la merienda. Las muchachas dispusieron sobre la mesa el pisco-labis que habían traído en grandes bolsas:

cocas de tomate y atún, tortilla de patatas, aceitunas, altramuces y refrescos. Bernardo –Berni, para los amigos- llevó la discografía que le había dejado su hermano y la dejó junto al *picú*. Todavía quedaban amigos por llegar, pero el ambiente festivo ya se iba creando. Guirnaldas de colores pendían en el aire, cruzando el local de parte a parte, sujetadas por cordeles que anudaron con mucho tino en algunos clavos de las paredes. Para cuando se presentó el resto del grupo, las sillas ya estaban colocadas alrededor de la mesa. Ocuparon sus asientos y José se percató de que dos quedaron libres. << ¿Quién más ha de venir? >> preguntó a Fede, que se había encargado de avisar al grupo. Una sonrisa contenida recibió como respuesta y la indicación de que mirase hacia la puerta entreabierta, alguien hacía acto de presencia. Judith y una amiga suya. José se quedó petrificado. << ¿Qué esperabas?>>, le dijo el amigo como única argumentación a su sorpresa. << Cualquier cosa menos aquella visita>>, pensó él. Fede nunca dejaba de asombrarle, lo mismo metía la pata que le tendía una mano.

Judith se quedó un instante en la entrada, junto a su amiga. Contemplando el panorama. Unas pocas lámparas en los rincones iluminaban la estancia, la luz principal del techo estaba apagada. El material de trabajo parecía la decoración improvisada de un local en desuso, de tanto como destacaba la preparación para la fiesta. Los amigos sentados alrededor de la mesa charlaban animosamente, con naturalidad y entusiasmo. La escasa iluminación no mermaba la visibilidad, la hacía más atractiva. Acogedora. Sin embargo, en ese momento, ante tanta gente que solo conocía de vista y en aquel espacio tan singular y atrayente, Judith no se atrevía a dar un paso. Nunca había asistido a una fiesta de ese tipo. Fede, aprovechando la cercanía del vecindario, se hizo el encontradizo para

invitarla, ella aceptó con la condición de que le acompañase Genoveva, su mejor amiga. Geno, como la llamaban los que la conocían bien.

Dos días pasó pensando qué ropa ponerse. No sabía cómo ir vestida al evento, si demasiado sencilla, si demasiado elegante. No quería destacar, pero tampoco pasar inadvertida. Ni llamar la atención de todo el grupo, ni dejar que José no se fijara en ella. La ropa de diario no le parecía bastante distinguida para una fiesta, y la ropa refinada le parecía excesiva para un baile de amigos en un taller. Por eso se puso manos a la obra y terminó el vestido que tenía empezado para el verano. Su madre ya lo había hilvanado todo, solo quedaba la parte superior, la más difícil. El repunte final y afianzar el agarre al cuello con algunos pespuntos más. Iba a ser un vestido de tirantes, pero, a última hora, se decidió por un escote *halter*, dejando los hombros desnudos, y también la mitad de su espalda, con discreción. El tejido era blanco y fresco, pero no vaporoso, de lino. Su madre le preguntó a qué venía tanta prisa por terminarlo, pero quedó contenta con el resultado. Así que cuando la hija le dijo que era para estrenarlo en una merienda con las amigas, prefirió creerla. Era de alabar el empeño que puso en coser, aunque solo fuese para completar el trabajo que ella había iniciado. Bien merecía el premio de celebrarlo. Con la promesa de no llegar más tarde de las nueve, justo para la cena, consintió dejarla asistir al convite. Cuando Geno pasó a por Judith la madre las vio marchar, con orgullo. La amiga iba también muy guapa, con un vestido asalmonado y acampanado -comprado en la capital-, pero era la hija quien le parecía que iba espléndida con un vestido de confección propia. Las dos muchachas giraron la esquina de la calle con gracia, animadas

ante la posibilidad de pasar una buena tarde. Pero solo a una de ellas le temblaban las piernas.

Geno dio un codazo a la amiga para que reaccionase, para sacarla de su embotamiento, para comenzar a caminar hacia el interior del taller. Pero ella esperaba otro gesto más hospitalario. José, al fin, se acercó hasta ellas y les dio la bienvenida, después las acompañó hasta la mesa e hizo las presentaciones.

Judith lo miraba de arriba abajo. Iba vestido exactamente igual que el día de su primera conversación. Tan azorado como aquella vez en el inicio, se notaba que para él había sido una sorpresa su asistencia. De haber sabido que ella acudiría seguramente no se hubiese puesto la misma ropa. A Judith no le importaba, lo agradecía, estaba muy guapo con ese conjunto. Además, se había engominado el pelo y lo llevaba peinado hacia atrás, con la frente bien despejada. Sus grandes ojos negros la miraban con expectación y con cierta reserva, por encima de sus pobladas cejas.

Los amigos recibieron a las recién llegadas con simpatía, conversando alegremente, como si no fuera la primera vez que compartieran mesa. Judith y Geno también pusieron de su parte y se integraron enseguida en la fiesta. Llevaban algunos dulces y los dejaron sobre el tablón del serrado, para paladearlos después del pisco. Se sentaron al otro extremo de la mesa, donde estaban los dos asientos libres. Eso permitió a José rehacerse de su alarma inicial y observar a Judith en la distancia. Estaba preciosa, con su vestido blanco. Un vestido muy parecido al que llevó Marilyn Monroe en la comedia de Billy Wilder estrenada el año anterior en América. Pero el de Judith era más

sencillo y menos volátil, comprobaría después en el baile. Sin que ello la hiciera perder ni un ápice de seducción, bien al contrario, la enaltecería. A la atractiva actriz tardaría todavía algunos años en verla en *La tentación vive arriba*, pero a la chica de sus sueños ya la tenía delante aquella misma tarde.

Esa fue la convicción que lo ayudó a tragarse la vergüenza y a no desaprovechar la ocasión de invitarla al primer baile, concluida la merienda. Berni puso en marcha el *picú* y sonaron las primeras notas de *That's All Right*, el primer sencillo de Elvis Presley. Para la mayoría de los presentes no suponía ningún problema practicar ese *baile del diablo* – como llamaban al *rock and roll* sus adversarios-. Matías, el hermano de Berni, les había dejado el disco.

Trabajaba en el puerto de Valencia, y algunas noches, cuando concluía su jornada, paseaba por aquella zona donde recalaban con frecuencia muchos soldados americanos de la VI Flota. Ellos acostumbraban a poner la música de moda de su país, convirtiéndose en precursores y maestros de las nuevas tendencias musicales. Matías, Mat (diminutivo que le asignaron sus amigos americanos) aprendió ese moderno baile y enseñaba a su hermano cada vez que acudía al pueblo a ver a la familia. Berni se convirtió en el primer coreógrafo de la cuadrilla, y todos sus miembros resultaron ser alumnos aventajados, al menos en entusiasmo. Judith, que conocía la moda del nuevo baile, nunca lo había practicado, así le hizo saber a José cuando aceptó unirse al grupo en la pista improvisada.

_ No te preocupes, es fácil -la tranquilizó él llevándola de la mano al centro del taller-. Solo tienes que mover las caderas y seguir mi ritmo. Uno-dos, pie derecho atrás para impulsar hacia delante. Tres-cuatro, pie izquierdo, primero

punta y después talón. Cinco-seis, lo mismo con el pie derecho. Mira, así- señaló a Martina y a Berni, que danzaban justo al lado.

_ Uno-dos-tres-cuatro-cinco-seis –repasó ella, atenta a cada movimiento, siguiendo el compás con atención.

_ Eso es. Exacto.

_ Cuesta un poco, voy muy despacio.

_ Déjate llevar. Siente la música. ¡Muy bien, así, ahora has cogido el ritmo!

Las manos de él, estropeadas y sin embargo tiernas, la invitaban a alcanzar el ritmo. Ofreciendo su calidez, contagiando su entusiasmo por la música. Su cabeza asentía a cada avance, a cada progreso. Dibujando su boca una sonrisa abierta y un hoyuelo su mejilla. Judith sentía su cuerpo tan cerca, con una espontaneidad tan bienvenida y sin embargo tan extraña, que las piernas dejaron de temblarle y recibió su contacto como si fuese una percepción a la que estuviera acostumbrada.

El fresco aroma de ella, sutil emanación de rosas con un fondo amaderado, llegaba hasta él cada vez que el paso del baile aproximaba los cuerpos. La gracia de sus movimientos, torpes al aprender, diestros después al lograr la confianza. Su mirada, de intenso verde de albahaca, ofreciendo su embrujo. Y esos labios como pétalos, humedeciéndose en cada acierto, cuando se los mordía. José la sentía tan cerca que se le hacía difícil reconocer que algún día hubiese estado lejos.

Bailaron varias piezas, sin interrupción, sin necesidad de tomarse ni un pequeño descanso. A pesar de la indecisión inicial, Judith se mostró como una

perfecta *partenaire*. Tanto fue así que los amigos les hicieron corro mientras palmeaban al ritmo de la música, apurando la última canción. Todos menos Fede y Luís, que continuaban sentados ante la mesa y ante un par de copas. Geno los miraba, de tanto en tanto, esperando que uno de ellos se levantara y la invitara a bailar, como a su amiga. Pero nada, Fede no se movía de su asiento. Y Geno aceptaba la invitación de otros muchachos, mientras seguía vigilando de lejos el perfil bien recortado de aquel aprendiz de James Dean, de flequillo claro sobre la frente, nariz recta y labios carnosos. Los bailarines se fueron dispersando y algunos se acercaron a la mesa. Berni buscaba entre su discografía otro tema para poner en el *picú*. Encontró *Rayito de luna*, de los Panchos y el ambiente en la pista se fue relajando, pero no en la mesa. Fede se quejaba del verano que le esperaba, de lo injusta que era la vida, de las pocas ganas que tenía de estudiar, emulando *Rebelde sin causa*, antes incluso de haber podido ver en el cine semejante historia. Se sirvió otra copa, la cuarta, le recordó Luís mientras observaba como vaciaba su petaca. Ante la indiferencia del amigo, Luís no pudo omitir otra advertencia y le ordenó que parase, que ya iba pasado de rosca. Joana y Miguel, sentados en frente, intercambiaron una mirada de complicidad, secundando a Luís. Fede hizo una mueca de desaprobación y, después de un largo trago a su copa, dijo bien alto que pararía cuando quisiera. Luís siguió insistiendo en que dejase de beber y obtuvo un golpe como revancha a tanta insistencia. El intento de Miguel por evitarlo fue en vano, su larguirucho y torpe cuerpo no llegó a tiempo y el agredido cayó de bruces al suelo. El estrépito fue tan sonoro que los más alejados de la mesa pudieron escucharlo y acudieron enseguida. Luís no quiso alarmar a sus amigos y se levantó solo, afirmando encontrarse bien. Sacudió sus pantalones, para recuperar la compostura tras la

caída y no añadió ni media palabra, quizá para no cargar las tintas, quizá porque su distinción no era solo estética sino también de carácter. Fede miró a todos con mala cara, levantó la aguja del *picú*, interrumpiendo repentinamente la cadenciosa voz del trio americano, sacó el disco y lo dejó junto a los otros sobre la mesa. Cerró la tapa del aparato de música y anunció que la fiesta había terminado. Y se fue, con su tocadiscos bajo el brazo. Fede, leal y caprichoso, contradictorio. Amigo de sus amigos, solo a su manera.